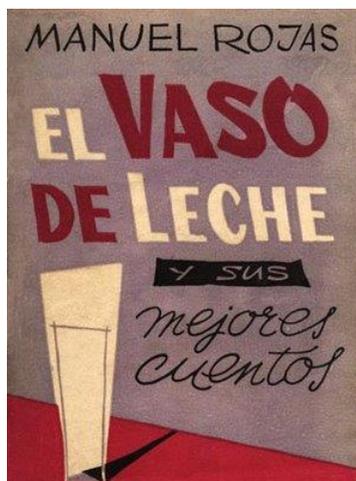


## El vaso de leche



*Por Manuel Rojas*

Afirmado en la barandilla de estribor, el marinero parecía esperar a alguien. Tenía en la mano izquierda un envoltorio de papel blanco, manchado de grasa en varias partes. Con la otra mano atendía la pipa.

Entre unos vagones apareció un joven delgado; se detuvo un instante, miró hacia el mar y avanzó después, caminando por la orilla del muelle con las manos en los bolsillos, distraído o pensando.

Cuando pasó frente al barco, el marinero le gritó en inglés:

-I say; look here! (¡Oiga, mire!)

El joven levantó la cabeza, y, sin detenerse, contestó en el mismo idioma:

- Hello! What? (¡Hola! ¿Qué?)

-Are you hungry? (¿Tiene hambre?)

Hubo un breve silencio, durante el cual el joven pareció reflexionar y hasta dio un paso más corto que los demás, como para detenerse; pero al fin dijo, mientras dirigía al marinero una sonrisa triste:

-No, I am not hungry. Thank you, sailor. (No, no tengo hambre. Muchas gracias, marinero.)

-Very well. (Muy bien.)

Sacóse la pipa de la boca el marinero, escupió y colocándosela de nuevo entre los labios, miró hacia otro lado. El joven, avergonzado de que su aspecto despertara sentimientos de caridad, pareció apresurar el paso, como temiendo arrepentirse de su negativa.

Un instante después, un magnífico vagabundo, vestido inverosímilmente de harapos, grandes zapatos rotos, larga barba rubia y ojos azules, pasó ante el marinero, y éste, sin llamarlo previamente, le gritó:

-Are you hungry?

No había terminado aún su pregunta, cuando el atorrante, mirando con ojos brillantes el paquete que el marinero tenía en las manos, contestó apresuradamente:

-Yes, sir, I am very much hungry! (¡Sí, señor, tengo harta hambre!)

Sonrió el marinero. El paquete voló en el aire y fue a caer entre las manos ávidas del hambriento. Ni siquiera dio las gracias, y abriendo el envoltorio calentito aún, sentóse en el suelo, restregándose las manos alegremente al contemplar su contenido. Un atorrante de puerto puede no saber inglés, pero nunca se perdonaría no saber el suficiente como para pedir de comer a uno que

habla ese idioma.

El joven que pasara momentos antes, parado a corta distancia de allí, presencié la escena.

Él también tenía hambre. Hacía tres días justos que no comía, tres largos días. Y más por timidez y vergüenza que por orgullo, se resistía a pararse delante de las escalas de los vapores, a las horas de comida, esperando de la generosidad de los marineros algún paquete que contuviera restos de guisos y trozos de carne. No podía hacerlo, no podría hacerlo nunca. Y cuando, como en el caso reciente, alguno le ofrecía sus sobras, las rechazaba heroicamente, sintiendo que la negativa aumentaba su hambre.

Seis días hacía que vagaba por las callejuelas y muelles de aquel puerto. Lo había dejado allí un vapor inglés procedente de Punta Arenas, puerto en donde había desertado de un vapor en que servía como muchacho de capitán. Estuvo un mes allí, ayudando en sus ocupaciones a un austriaco pescador de centollas, y en el primer barco que pasó hacia el norte embarcóse ocultamente.

Lo descubrieron al día siguiente de zarpar y enviáronlo a trabajar en las calderas. En el primer puerto grande que tocó el vapor lo desembarcaron, y allí quedó, como un fardo sin dirección ni destinatario, sin conocer a nadie, sin un centavo en los bolsillos y sin saber trabajar en oficio alguno.

Mientras estuvo allí el vapor, pudo comer, pero después... La ciudad enorme, que se alzaba más allá de las callejuelas llenas de tabernas y posadas pobres, no le atraía; parecía un lugar de esclavitud, sin aire, oscura, sin esa grandeza amplia del mar, y entre cuyas altas paredes y calles rectas la gente vive y muere aturdida por un tráfago angustioso.

Estaba poseído por la obsesión del mar, que tuerce las vidas más lisas y definidas como un brazo poderoso una delgada varilla. Aunque era muy joven había hecho varios viajes por las costas de América del Sur, en diversos vapores, desempeñando distintos trabajos y faenas, faenas y trabajos que en tierra casi no tenían aplicación.

Después que se fue el vapor, anduvo y anduvo, esperando del azar algo que le permitiera vivir de algún modo mientras tomaba sus canchas familiares; pero no encontró nada. El puerto tenía poco movimiento y en los contados vapores en que se trabajaba no lo aceptaron.

Ambulaban por allí infinidad de vagabundos de profesión; marineros sin contrata, como él, desertados de un vapor o prófugos de algún delito; atorrantes abandonados al ocio, que se mantienen de no se sabe qué, mendigando o robando, pasando los días como las cuentas de un rosario mugriento, esperando quién sabe qué extraños acontecimientos, o no esperando nada, individuos de las razas y pueblos más exóticos y extraños, aun de aquellos en cuya existencia no se cree hasta no haber visto un ejemplar vivo.

Al día siguiente convencido de que no podría resistir mucho más, decidió recurrir a cualquier medio para procurarse alimentos.

Caminando, fue a dar delante de un vapor que había llegado la noche anterior y que cargaba trigo. Una hilera de hombres marchaba, dando la vuelta, al hombro los pesados sacos, desde los vagones, atravesando una planchada, hasta la escotilla de la bodega, donde los estibadores recibían la carga.

Estuvo un rato mirando hasta que atrevióse a hablar con el capataz, ofreciéndose. Fue aceptado y animosamente formó parte de la larga fila de

cargadores.

Durante el primer tiempo de la jornada, trabajó bien; pero después empezó a sentirse fatigado y le vinieron vahídos, vacilando en la planchada cuando marchaba con la carga al hombro, viendo que a sus pies la abertura formada por el costado del vapor y el murallón del muelle, en el fondo de la cual, el mar, manchado de aceite y cubierto de desperdicios, glogloteaba sordamente.

A la hora de almorzar hubo un breve descanso y en tanto que algunos fueron a comer en los figones cercanos y otros comían lo que habían llevado, él se tendió en el suelo a descansar, disimulando su hambre.

Terminó la jornada completamente agotado, cubierto de sudor, reducido ya a lo último. Mientras los trabajadores se retiraban, se sentó en unas bolsas acechando al capataz, y cuando se hubo marchado el último, acercóse a él y confuso y titubeante, aunque sin contarle lo que le sucedía, le preguntó si podían pagarle inmediatamente o si era posible conseguir un adelanto a cuenta de lo ganado.

Contestóle el capataz que la costumbre era pagar al final del trabajo y que todavía sería necesario trabajar el día siguiente para concluir de cargar el vapor. ¡Un día más! Por otro lado, no adelantaban un centavo.

-Pero -le dijo-, si usted necesita, yo podría prestarle unos cuarenta centavos... No tengo más.

Le agradeció el ofrecimiento con una sonrisa angustiosa y se fue.

Le acometió entonces una desesperación aguda. ¡Tenía hambre, hambre, hambre! Un hambre que lo doblegaba como un latigazo; veía todo a través de

una niebla azul y al andar vacilaba como un borracho. Sin embargo, no habría podido quejarse ni gritar, pues su sufrimiento era obscuro y fatigante; no era dolor, sino angustia sorda, acabamiento; le parecía que estaba aplastado por un gran peso.

Sintió de pronto como una quemadura en las entrañas, y se detuvo. Se fue inclinando, inclinando, doblándose forzosamente como una barra de hierro, y creyó que iba a caer. En ese instante, como si una ventana se hubiera abierto ante él, vio su casa, el paisaje que se veía desde ella, el rostro de su madre y el de sus hermanas, todo lo que él quería y amaba apareció y desapareció ante sus ojos cerrados por la fatiga... Después, poco a poco, cesó el desvanecimiento y se fue enderezando, mientras la quemadura se enfriaba despacio. Por fin se irguió, respirando profundamente. Una hora más y caería al suelo.

Apuró el paso, como huyendo de un nuevo mareo, y mientras marchaba resolvió ir a comer a cualquier parte, sin pagar, dispuesto a que lo avergonzaran, a que le pegaran, a que lo mandaran preso, a todo; lo importante era comer, comer, comer. Cien veces repitió mentalmente esta palabra: comer, comer, comer, hasta que el vocablo perdió su sentido, dejándole una impresión de vacío caliente en la cabeza.

No pensaba huir; le diría al dueño: "Señor, tenía hambre, hambre, hambre, y no tengo con qué pagar... Haga lo que quiera".

Llegó hasta las primeras calles de la ciudad y en una de ellas encontró una lechería. Era un negocito muy claro y limpio, lleno de mesitas con cubiertas de mármol. Detrás de un mostrador estaba de pie una señora rubia con un delantal blanquísimo.

Eligió ese negocio. La calle era poco transitada. Habría podido comer en uno de los figones que estaban junto al muelle, pero se encontraban llenos de gente que jugaba y bebía.

En la lechería no había sino un cliente. Era un vejete de anteojos, que con la nariz metida entre las hojas de un periódico, leyendo, permanecía inmóvil, como pegado a la silla. Sobre la mesita había un vaso de leche a medio consumir.

Esperó que se retirara, paseando por la acera, sintiendo que poco a poco se le encendía en el estómago la quemadura de antes, y esperó cinco, diez, hasta quince minutos. Se cansó y paróse a un lado de la puerta, desde donde lanzaba al viejo unas miradas que parecían pedradas.

¡Qué diablos leería con tanta atención! Llegó a imaginarse que era un enemigo suyo, el cual, sabiendo sus intenciones, se hubiera propuesto entorpecerlas. Le daban ganas de entrar y decirle algo fuerte que le obligara a marcharse, una grosería o una frase que le indicara que no tenía derecho a permanecer una hora sentado, y leyendo, por un gasto tan reducido.

Por fin el cliente terminó su lectura, o por lo menos la interrumpió. Se bebió de un sorbo el resto de leche que contenía el vaso, se levantó pausadamente, pagó y dirigióse a la puerta. Salió; era un vejete encorvado, con trazas de carpintero o barnizador.

Apenas estuvo en la calle, afirmóse los anteojos, metió de nuevo la nariz entre las hojas del periódico y se fue, caminando despacito y deteniéndose cada diez pasos para leer con más detenimiento.

Esperó que se alejara y entró. Un momento estuvo parado a la entrada, indeciso, no sabiendo dónde sentarse; por fin eligió una mesa y dirigióse hacia

ella; pero a mitad de camino se arrepintió, retrocedió y tropezó en una silla, instalándose después en un rincón.

Acudió la señora, pasó un trapo por la cubierta de la mesa y con voz suave, en la que se notaba un dejo de acento español, le preguntó:

-¿Qué se va usted a servir?

Sin mirarla, le contestó:

-Un vaso de leche.

-¿Grande?

-Sí, grande.

-¿Solo?

-¿Hay bizcochos?

-No; vainillas.

-Bueno, vainillas.

Cuando la señora se dio vuelta, él se restregó las manos sobre las rodillas, regocijado, como quien tiene frío y va a beber algo caliente.

Volvió la señora y colocó ante él un gran vaso de leche y un platillo lleno de vainillas, dirigiéndose después a su puesto detrás del mostrador.

Su primer impulso fue el de beberse la leche de un trago y comerse después las vainillas, pero en seguida se arrepintió; sentía que los ojos de la mujer lo miraban con curiosidad. No se atrevía a mirarla; le parecía que, al hacerlo, conocería su estado de ánimo y sus propósitos vergonzosos y él tendría que

levantarse e irse, sin probar lo que había pedido.

Pausadamente tomó una vainilla, humedeciéndola en la leche y le dio un bocado; bebió un sorbo de leche y sintió que la quemadura; ya encendida en su estómago, se apagaba y deshacía. Pero, en seguida, la realidad de su situación desesperada surgió ante él y algo apretado y caliente subió desde su corazón hasta la garganta; se dio cuenta de que iba a sollozar, a sollozar a gritos, y aunque sabía que la señora lo estaba mirando, no pudo rechazar ni deshacer aquel nudo ardiente que se estrechaba más y más. Resistió, y mientras resistía, comió apresuradamente, como asustado, temiendo que el llanto le impidiera comer. Cuando terminó con la leche y las vainillas se le nublaron los ojos y algo tibio rodó por su nariz, cayendo dentro del vaso. Un terrible sollozo lo sacudió hasta los zapatos.

Afirmó la cabeza en las manos y durante mucho rato lloró, lloró con pena, con rabia, con ganas de llorar, como si nunca hubiera llorado.

Inclinado estaba y llorando, cuando sintió que una mano le acariciaba la cansada cabeza y una voz de mujer, con un dulce acento español, le decía:

-Llore, hijo, llore...

Una nueva ola de llanto le arrasó los ojos y lloró con tanta fuerza como la primera vez, pero ahora no angustiosamente, sino con alegría, sintiendo que una gran frescura lo penetraba, apagando eso caliente que le había estrangulado la garganta. Mientras lloraba, parecióle que su vida y sus sentimientos se limpiaban como un vaso bajo un chorro de agua, recobrando la claridad y firmeza de otros días.

Cuando pasó el acceso de llanto, se limpió con su pañuelo los ojos y la

cara, ya tranquilo. Levantó la cabeza y miró a la señora, pero ésta no le miraba ya, miraba hacia la calle, a un punto lejano, y su rostro estaba triste.

En la mesita, ante él, había un nuevo vaso lleno de leche y otro platillo colmado de vainillas; comió lentamente, sin pensar en nada, como si nada le hubiera pasado, como si estuviera en su casa y su madre fuera esa mujer que estaba detrás del mostrador.

Cuando terminó ya había oscurecido y el negocio se iluminaba con la bombilla eléctrica. Estuvo un rato sentado, pensando en lo que le diría a la señora al despedirse, sin ocurrírsele nada oportuno.

Al fin se levantó y dijo simplemente:

-Muchas gracias, señora; adiós...

-Adiós, hijo... -le contestó ella.

Salió. El viento que venía del mar refrescó su cara, caliente aún por el llanto. Caminó un rato sin dirección, tomando después por una calle que bajaba hacia los muelles. La noche era hermosísima y grandes estrellas aparecían en el cielo de verano.

Pensó en la señora rubia que tan generosamente se había conducido, e hizo propósitos de pagarle y recompensarla de una manera digna cuando tuviera dinero; pero estos pensamientos de gratitud se desvanecían junto con el ardor de su rostro, hasta que no quedó ninguno, y el hecho reciente retrocedió y se perdió en los recodos de su vida pasada.

De pronto se sorprendió cantando algo en voz baja. Se irguió alegremente, pisando con firmeza y decisión.

Llegó a la orilla del mar y anduvo de un lado para otro, elásticamente, sintiéndose rehacer, como si sus fuerzas anteriores, antes dispersas, se reunieran y amalgamaran sólidamente.

Después la fatiga del trabajo empezó a subirle por las piernas en un lento hormigueo y se sentó sobre un montón de bolsas.

Miró el mar. Las luces del muelle y las de los barcos se extendían por el agua en un reguero rojizo y dorado, temblando suavemente. Se tendió de espaldas, mirando el cielo largo rato. No tenía ganas de pensar, ni de cantar, ni de hablar. Se sentía vivir, nada más.

Hasta que se quedó dormido con el rostro vuelto hacia el mar.

\*\*\*

Manuel Rojas. *El vaso de leche y sus mejores cuentos*. Santiago: Nascimento, 1959.



## **Manuel Rojas**

### **Infancia**

Manuel Rojas Sepúlveda (Buenos Aires, Argentina, 8 de enero de 1896 - Santiago, Chile, 11 de marzo de 1973) fue un escritor chileno, autor de más de una veintena de libros, que abarcaron cuentos, novelas, poemarios y ensayos. En 1957 fue reconocido con el Premio Nacional de Literatura.

Hijo de los chilenos Manuel Rojas Córdoba y Dorotea Sepúlveda González, nació en Buenos Aires, en la calle Combate de los Pozos, N° 1678, actual barrio Parque Patricios, pero cuando tenía tres años, en 1899, la familia se instala en Santiago de Chile. Su madre retorna con él a la capital argentina en 1903, dos años después de enviudar.

Autodidacta, Rojas estudió en la escuela solo hasta los 11 años. Vive con su madre en distintas casas de inquilinato de los barrios de Caballito, Flores y Boedo; en 1908 se mudan a Rosario y, en 1910, a Mendoza.

Rojas se radica definitivamente en Chile en abril de 1912. En esos años de esfuerzos y penurias, desempeña variados oficios: pintor, electricista, estibador, cuidador de faluchos en Valparaíso, vendimiador, peón del Ferrocarril Trasandino, talabartero, aprendiz de sastre, actor en compañías teatrales, entre otros.

## Juventud

Empieza a colaborar con los diarios anarquistas *La Protesta* de Buenos Aires y *La Batalla* de Santiago, donde escribe crónicas sobre política, educación y sociedad (en 2012, para el centenario del retorno a Chile, Jorge Guerra, presidente de la Fundación Manuel Rojas, recopila los textos del periódico chileno, los cuales firmaba unas veces con su nombre y otras con el seudónimo de Tremalk Naik, en la antología *Un joven en la batalla*).

## Inicios como escritor

Su primera publicación literaria fue un poema —el soneto *El gusano*—, que apareció en 1917 en la revista *Los Diez*, perteneciente al grupo homónimo; cuatro años más tarde, en 1921, a su paso por Mendoza integrando una compañía de teatro, publicó un poemario bajo el nombre de Poéticas en la revista *Ideas y Figuras*.

Al año siguiente obtendrá su primer galardón con su cuento *La laguna*, que gana el segundo premio en el concurso de la revista bonaerense *La Montaña*. Su primer libro de cuentos, *Hombres del Sur*, aparece en 1926.

En 1928, el mismo año que muere su madre y que es contratado como bibliotecario de la Biblioteca Nacional de Chile, se casa con la profesora y poetisa María Baeza —con quien tendrá tres hijos, y cuya muerte inspirará el poema

Deshecha rosa—, y al año siguiente sale su segundo libro de cuentos, *El delincuente*, que incluye el célebre *El vaso de leche*. Su primera novela, *Lanchas en la bahía*, que había escrito en 1930, aparece en 1932.

En 1936 publicó su segunda novela, *La Ciudad de los Césares*, fallece su esposa y asume como director de la imprenta de la Universidad de Chile. Años más tarde, Rojas declararía en una entrevista su arrepentimiento por haber escrito esta novela, por encontrarla no solo «mala», sino además demasiado ficticia. «El escritor es hijo de su experiencia. Un escritor sin experiencia es un ente inconcebible», sostenía.<sup>5</sup>

En 1941 Rojas se casa con Valerie López Edwards.

### **Madurez literaria**

Rojas publicó en 1951 su obra cumbre, *Hijo de ladrón*, con la que "abre un nuevo rumbo a la novela chilena". Dos años antes, había sacado un fragmento de esta obra en *Babel*, de la que era colaborador habitual, y posteriormente aparecerán en esa revista las páginas excluidas de la novela. Rojas había obtenido mención honrosa en el concurso de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH), al que había presentado la novela con el título de *Tiempo irremediable* y el seudónimo de Torestin. El cambio de nombre lo hizo a sugerencia del escritor Enrique Espinosa. Con *Mejor que el vino* (1958), *Sombras contra el muro* (1964) y *La oscura vida radiante* (1971), *Hijo de ladrón* forma una tetralogía de aprendizaje que tiene como protagonista a Aniceto Hevia.

En 1957 Manuel Rojas fue galardonado con el premio nacional de Literatura.

Viajó a Estados Unidos y México en 1962. En Ciudad Juárez se casó con Julianne Clark, residió un año en el Distrito Federal donde escribió *Pasé por México un día* (1965), libro basado en sus lecturas sobre la literatura y la historia mexicana, así como en sus vivencias en este país. Cuatro años después emprendió una gira por Europa, visitando España, Portugal, Francia, Rusia e Inglaterra. En 1966 viajó a Cuba, inicialmente como delegado chileno, junto a Salvador Allende, a la Conferencia Tricontinental, y luego participó como miembro del jurado del concurso de literatura de Casa de las Américas. Desde Cuba viajó a Europa y visitó España, Portugal, Italia, Francia, Inglaterra, Checoslovaquia y Rusia, regresando a Chile a través de los Estados Unidos. Las traducciones de sus libros se multiplicaron. En 1969 fue invitado a Israel y ese mismo año publicó sus impresiones de dicho país en el libro *Viaje al país de los profetas*.

Rojas escribió en *Los Tiempos* y *Las Últimas Noticias* con el seudónimo de Pedro Norte y realizó crítica literaria en *Las Noticias de Última Hora*. Fue profesor en la Universidad de Chile, director de los Anales de dicha casa de estudios y presidente de la SECH (1936).

Sobre la importancia del autor, el portal cultural Memoria Chilena dice: "Manuel Rojas fue un escritor autodidacta que revolucionó la forma narrativa, rechazando el realismo tradicional del naturalismo y criollismo en boga hasta la fecha, cambiando las estructuras y el lenguaje tanto como la sensibilidad de los personajes y las situaciones narrativas [...] Introdujo el monólogo interior (o corriente de la conciencia) en su novela *Hijo de ladrón*, en forma más específica en el fragmento conocido como "La herida". Es la primera vez que en la narrativa chilena aparecen en forma consciente los procedimientos utilizados en la novela anglosajona, sobre todo por James Joyce y William Faulkner. Otro rasgo

importante en las innovaciones narrativas que aportó a la literatura nacional, es la incursión psicológica y existencial en sus personajes, situados en la condición de marginalidad social, personajes tales como ladrones, pescadores, aventureros, actores de teatro, bohemios, anarquistas, obreros revolucionarios y adolescentes en su proceso de formación".

En 1969 empezó a escribir lo que sería su última novela: *La oscura vida radiante*, la cual fue publicada en Buenos Aires en 1971. Por su contenido, la dictadura de Pinochet impidió que esta obra fuera editada en Chile, lo que sólo se hizo más de diez años después, en 1982.

Rojas murió en Santiago el 11 de marzo de 1973 a los 77 años de edad. A sus funerales asistieron numerosas personalidades de Chile, entre ellas, el presidente Salvador Allende y el Senado le rindió un homenaje. Sus obras han sido traducidas a numerosos idiomas y forman parte de las lecturas obligatorias en los colegios de su país.

### **Rojas y el cine**

Algunas de sus obras han sido llevadas a la pantalla grande. Así, el cuento *Un ladrón y su mujer*, fue adaptado al cine con el mismo nombre por el director Rodrigo Sepúlveda. Estrenada en 2001, la película está protagonizada por Ramón Llao y Amparo Noguera.

En 2013 el director Pablo Vial estrenó el mediometraje *Cuando se espera el sueño* en el Santiago Festival Internacional de Cine, inspirado en el cuento *Pancho Rojas*. La película mezcla también pasajes de la vida real del escritor, que interpreta Álvaro Rudolphy.

## **Premios y reconocimientos**

Segundo premio en el concurso de la revista bonaerense *La Montaña* 1922 por el cuento *La laguna*

Segundo premio en el concurso de la revista *Caras y Caretas* 1924 por el cuento *El hombre de los ojos azules*

Premio Atenea 1929 (Universidad de Concepción) por *El delincuente*

Premio Marcial Martínez 1929 (Universidad de Chile) por *El delincuente*

Primer premio en el concurso del periódico *La Nación* 1930 por *Lanchas en la bahía*

Premio Nacional de Literatura 1957

Premio Mauricio Fabry 1958 (Cámara Chilena del Libro) por *Mejor que el vino*

Ciudadano Ilustre de Valparaíso 1958

## **Obras**

*Poéticas*, poemas. Edición monográfica de la revista "Ideas y Figuras".  
Mendoza, Argentina. 1921

*Hombres del sur*, cuentos, prólogo de Raúl Silva Castro; Nascimento, Santiago,  
1926

*El hombre de los ojos azules*, cuento, Sociedad Boletín Comercial Salas & Cia.,  
Santiago, 1926

*Tonada del transeúnte*, poesía, Nascimento, Santiago, 1927

*El delincuente*, cuentos, Sociedad Chilena de Eds., 1929

*Lanchas en la bahía*, novela, prólogo de Alone, Zig-Zag, Santiago, 1932

*Travesía*, cuentos, Nascimento, Santiago, 1934

*La Ciudad de los Césares*, novela, Ercilla, Santiago, 1936

*De la poesía a la revolución*, ensayos, Ercilla, Santiago, 1938: descargable desde Memoria Chilena

*El bonete maulino*, cuentos, Cruz del Sur, Santiago, 1943

*Imágenes de infancia*, memorias, Universitaria, Santiago, 1950

*Hijo de ladrón*, 1ª novela de la tetralogía de Aniceto Hevia, Nascimento, Santiago, 1951

*Desecha rosa*, poesía, Universitaria, Santiago, 1954

*Chile: 5 navegantes y un astrónomo*, antología, Zig-Zag, Santiago, 1956

*Los costumbristas chilenos*, estudio y selección de Manuel Rojas y Mary Canizzo, Zig-Zag, Santiago, 1957

*Antología de cuentos*, prólogo de Enrique Espinoza; Zig-Zag, Santiago, 1957

*Mejor que el vino*, 2ª novela de la tetralogía de Aniceto Hevia, Zig-Zag, Santiago, 1958

*El vaso de leche y sus mejores cuentos*, Nascimento, Santiago, 1959

*Punta de rieles*, novela, Zig-Zag, Santiago, 1960

*El árbol siempre verde*, ensayos, Zig-Zag, Santiago, 1960

*Obras completas*, Zig-Zag, Santiago, 1961

*Antología autobiográfica*, Ercilla, Santiago, 1962 (reeditada por LOM, 1995)

*Población Esperanza*, obra teatro con Isidora Aguirre y estrenada en 1959

*El hombre de la rosa*, cuentos, Losada, Buenos Aires, 1963

*Esencias del país chileno*, poesías, UNAM, México, 1963

*Cuentos del Sur y Diario de México*, Ediciones Eras, México, 1963

*Historia breve de la literatura chilena*, Zig-Zag, Santiago, 1964

*Manual de literatura chilena*, UNAM, México, 1964

*Sombras contra el muro*, 3ª novela de la tetralogía de Aniceto Hevia, Zig-Zag, Santiago, 1964; descargable desde Memoria Chilena

*Pasé por México un día*, ensayo, Zig-Zag, Santiago, 1965

*A pie por Chile*, ensayo, Editorial del Pacífico, Santiago, 1967

*Viaje al país de los profetas*, ensayo, Zlotopioro, Buenos Aires, 1969

*Cuentos*, Sudamericana, Buenos Aires, 1970

*La oscura vida radiante*, 4ª novela de la tetralogía de Aniceto Hevia; Sudamericana, Buenos Aires, 1971; descargable desde Memoria Chilena

*Obras*, Aguilar, Madrid, 1973

*El colocolo y otros cuentos*, Ediciones Huracán, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977

*Imágenes de infancia y adolescencia*, Zig-Zag, Santiago, 1983

*Páginas excluidas*, Universitaria, Santiago, 1997

*Un joven en la batalla*, crónicas, LOM, 2012

*Su voz viene con el viento*. Poesía reunida, LOM, 2012

*Conversaciones con Manuel Rojas: entrevistas 1928-1972*, editado por Daniel Fuenzalida; Zig-Zag, Santiago, 2012

*La prosa nunca está terminada*, reúne una docena de textos dispersos y fragmentos de entrevistas; editado por Andrés Florit, Ediciones UDP, Santiago, 2013

## **Discografía**

1968 - Chile de arriba a abajo, con Ángel Parra

1968 - Manuel Rojas en la serie Voz viva de América, UNAM.

En: Wikipedia

[http://es.wikipedia.org/wiki/Manuel\\_Rojas\\_%28escritor%29](http://es.wikipedia.org/wiki/Manuel_Rojas_%28escritor%29)

Más información en Memoria Chilena:

<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3592.html>

<http://www.letrasdechile.cl/Joomla/images/manuelrojas.jpg>